

Inteligencia Artificial y Algoritmos: Cómo Deciden lo Que Conocemos e Ignoramos

Artificial Intelligence and Algorithms: How They Decide What We Know and Ignore

Emily Alejandra Salazar-Pazmiño¹

Estudiante

emsalazarpa@uide.edu.ec

Universidad Internacional del Ecuador
Quito, Ecuador

Resumen

La inteligencia artificial ha transformado el mundo del periodismo, convirtiéndose en una herramienta esencial para verificar datos. Sin embargo, también juega un papel en la propagación de información errónea. En la era digital, donde los algoritmos deciden qué información recibimos, la IA ha evolucionado de ser un simple apoyo para los periodistas a convertirse en un poderoso instrumento que puede influir en la percepción colectiva de maneras sorprendentes.

Este problema nos lleva a reflexionar sobre cuestiones esenciales de la ética en el periodismo y la necesidad de regular el uso de la inteligencia artificial en los medios. Mientras algunas plataformas utilizan estas innovaciones para luchar contra la desinformación, otras las aprovechan para moldear la narrativa pública a su favor. En este panorama contradictorio, es fundamental crear estrategias que permitan

¹ Estudiante de cuarto semestre de Comunicación en la Universidad Internacional del Ecuador. Es una apasionada escritora, comprometida con el poder de las palabras para generar impacto. Código ORCID: <https://orcid.org/0009-0007-6740-3874>

el uso de la IA sin sacrificar la claridad ni la libertad de expresión, asegurando que la tecnología actúe como un puente hacia la verdad y no como un instrumento de control.

Palabras clave: desinformación, inteligencia artificial, periodismo, plataformas digitales

Abstract

Artificial intelligence has transformed the world of journalism, becoming an essential tool for verifying data. However, it also plays a role in spreading misinformation. In this digital age, where algorithms decide what information we receive, AI has evolved from being a simple support for journalists to becoming a powerful tool that can influence collective perception in surprising ways.

This problem leads us to reflect on essential questions of ethics in journalism and the need to regulate the use of artificial intelligence in the media. While some platforms use these innovations to fight disinformation, others take advantage of them to shape the public narrative in their favor. In this contradictory landscape, it is essential to create strategies that allow the use of AI without sacrificing clarity and freedom of expression, ensuring that the technology acts as a bridge to the truth and not as an instrument of control.

Keywords: disinformation, artificial intelligence, journalism, polarization, digital platforms

Introducción

Desde el surgimiento de internet, el acceso a la información se ha transformado profundamente. El usuario dejó de ser solo un consumidor para convertirse en creador de contenido. Este fenómeno, que comenzó con los blogs y redes sociales, dio paso a un entorno donde la información

circula con velocidad, pero sin garantías de veracidad. Con la incorporación de la inteligencia artificial, esta lógica no cambia: se intensifica. Lo que antes era una elección activa, leer o compartir, hoy está mediado por algoritmos invisibles que personalizan, priorizan y muchas veces distorsionan el acceso a la información. La inteligencia artificial ha proporcionado herramientas para filtrar contenido, mejorar la calidad de la información y facilitar la verificación de hechos. Sin embargo, este mismo proceso de personalización tiene efectos secundarios que merecen atención, sobre todo, en lo que respecta al ejercicio de la libertad de expresión y la pluralidad de ideas.

Este ensayo cuestiona el uso de la inteligencia artificial, cómo el mismo puede ayudar o empeorar el acceso a la información, y su uso negativo en la falta de diversidad de ideas. En pocas palabras, se sostiene que la inteligencia artificial, en lugar de ofrecer una experiencia de búsqueda libre y objetiva, está fomentando la segmentación de información, además de generar una contradicción en su papel como herramienta de verificación de información.

Durante el desarrollo de este ensayo, se analizará cómo la personalización de contenido por parte de la IA contribuye a la polarización de la información, cómo facilita la propagación de desinformación y el planteamiento sobre cómo la IA transforma el periodismo entre la verificación y la manipulación, ya que la misma tecnología que se utiliza para verificar hechos también refuerza la fragmentación de la información.

En el marco de este análisis, es necesario delimitar algunos conceptos fundamentales. Los algoritmos son

conjuntos de instrucciones que permiten a los sistemas automatizados tomar decisiones basadas en datos. La inteligencia artificial [IA] se refiere a la capacidad de las máquinas para realizar tareas que, hasta hace poco, requerían inteligencia humana, como clasificar información o predecir comportamientos. La polarización ideológica alude al proceso mediante el cual se extreman las posturas políticas o sociales, dificultando el diálogo. Por su parte, la conformidad informativa describe la tendencia a aceptar como válidos los contenidos más visibles o populares, sin un análisis crítico.

La IA Potenció las Burbujas Informativas

Las burbujas informativas no nacieron junto con la IA, pero, sin duda, esta las ha llevado a un nivel superior. Pues no solo ha mejorado su funcionamiento con el uso de datos personales, además ha automatizado patrones que existían desde los inicios del internet. Antes de que la IA sea utilizada en plataformas digitales, ya existían mecanismos que influían en el acceso a la información. No obstante, la IA ha potenciado estas dinámicas, causando que el filtrado de contenidos sea automático y reforzando los patrones de conducta que se ven día a día.

El papel de esta herramienta como filtro de contenido plantea un dilema fundamental: al priorizar ciertos datos y restringir otros, puede limitar la libertad de pensamiento y expresión. Aunque, en teoría, la IA busca mejorar la experiencia del usuario al personalizar el contenido, en la práctica, genera burbujas informativas que restringen el acceso a perspectivas diversas. Según Ruiz (2023), “Las burbujas son el resultado de nuestra continua interacción con un mismo tipo de contenido, de tal manera que la plataforma

digital nos mostrará información similar para interactuar y así mantenernos conectados la mayor cantidad de tiempo posible” (párr. 4). Es decir, los algoritmos de las redes sociales se manejan a través de enviar o mostrar contenidos que el usuario ya acepta y con los que empatiza, para así evitar generar un descontento, creando una alta probabilidad de que el usuario cambie de plataforma. Sin embargo, esto, como se mencionó anteriormente, crea una burbuja que impide al consumidor visibilizar otras realidades o perspectivas que originen un pensamiento crítico o que pongan en tela de duda sus creencias enraizadas. Este fenómeno tiene como resultado el empobrecimiento del debate público, además de afectar la capacidad de libertad de pensamiento, ya que estas plataformas proporcionarán información sesgada y preseleccionada por algoritmos.

Uno de los principales problemas de la IA en la preselección de contenido es su incapacidad para interpretar o diferenciar el contexto de cada usuario, puesto que, a diferencia de los seres humanos, los algoritmos operan a partir de patrones y reglas predeterminadas, obligando así a tomar decisiones arbitrarias en la censura de ciertos discursos. Estas dinámicas no solo transforman el consumo informativo individual, sino que afectan también a la deliberación pública. Cuando los ciudadanos son expuestos únicamente a narrativas que confirman sus creencias, se limita la posibilidad de un debate plural y se debilita el ideal democrático.

El uso de IA en la moderación automatizada de contenido puede llegar a afectar al ejercicio de la libertad de expresión dado que, por el momento, entre sus limitaciones se destaca la imposibilidad de que pueda evaluar el contexto,

los usos idiomáticos y aspectos culturales de los seres humanos (Larrondo y Grandi, 2021, p. 7). Esto significa que, en muchas ocasiones, publicaciones legítimas que no incumplan ninguna norma de la comunidad pueden ser eliminadas o restringidas, mientras que ciertas publicaciones problemáticas escapan de estas mismas normas debido a falta de comprensión semántica y crítica por parte de la IA.

El uso de esta herramienta en la moderación de contenido también plantea preocupaciones sobre quién define los límites de la libertad de expresión. Desde el punto de vista de Garriga-Domínguez (2023), “La focalización va a permitir transmitir mensajes específicamente diseñados para promover intereses económicos o comerciales, ideológicos o políticos o de cualquier otra clase” (p. 8). Esto quiere decir que ciertos temas pueden ser favorecidos o censurados de manera arbitraria. Limitando así la posibilidad de un debate abierto y contribuyendo a la homogenización del discurso público. En la actualidad, la información está dominada por la automatización de sistemas, en donde existe el riesgo de que algunos contenidos sean impulsados mientras que otros no sean parte de la potencialización del algoritmo, lo que debilita la diversidad de ideas.

La selección de contenidos por parte de la inteligencia artificial está orientada a maximizar la interacción del usuario. Esto significa que se priorizan aquellos mensajes que generan más clics, reacciones o comentarios, sin un criterio basado en su veracidad o valor informativo. La personalización, aunque eficiente, configura una jerarquía artificial de contenidos donde ciertos discursos son posicionados por encima de otros. Esta lógica condiciona lo que los usuarios ven, piensan

y comparten, moldeando así su experiencia digital y su visión del mundo.

Igualmente, el impacto de la IA en los algoritmos de las redes sociales afecta directamente en cómo recopilan datos sobre las preferencias y comportamientos de los usuarios en línea. Estos algoritmos se adaptan al contenido que se les muestra, alineándose con los intereses que ya han sido evidentes anteriormente.

Como resultado, los usuarios quedan atrapados en un entorno informativo limitado, sin acceso a perspectivas diferentes, por consiguiente, causando un refuerzo de creencias preexistentes y una reducción de exposición a opiniones contrarias. Esto es importante “para tomar consciencia del impacto directo que la Inteligencia Artificial tiene ya en nuestra libertad de expresión y de pensamiento y deberían ponernos en alerta y hacernos reflexionar sobre los riesgos que las acechan” (González-Espejo, 2022, párr. 7).

Aunque los fenómenos como la personalización del contenido, la segmentación de usuarios y la difusión de información ya estaban desde los inicios de internet, la inteligencia artificial ha llevado estos procesos a un nivel superior, haciéndolos más rápidos, precisos y predictivos. En consecuencia, esto hace que cada persona reciba una versión única de la realidad, adaptada a sus hábitos de consumo de información. Este fenómeno impacta directamente en la capacidad de cada individuo para desarrollar un pensamiento crítico, ya que se reduce la diversidad de fuentes y opiniones. La falta de exposición a diferentes perspectivas representa un serio problema para la formación de opiniones fundamentadas. Como resultado, nos encontramos con una

sociedad menos crítica y más vulnerable a la manipulación ideológica.

La polarización de ideas en la sociedad ha aumentado con la inteligencia artificial, al ofrecer a los usuarios contenido que se alinea con sus creencias, valores y refuerza los sesgos que ya existen, además de reducir las posibilidades de encontrar puntos en común con quienes piensan de manera diferente. Este fenómeno es aún más preocupante en el ámbito político, donde la desinformación y la manipulación de datos se han utilizado ampliamente para influir en la opinión pública. La IA facilita la difusión de noticias falsas al priorizar la información que genera mayor interacción, sin considerar su veracidad. Como resultado, los usuarios quedan atrapados en un ciclo sin fin de retroalimentación donde sus opiniones se refuerzan constantemente, sin la oportunidad de contrastarlas con información objetiva.

La inteligencia artificial ha amplificado dinámicas comunicacionales preexistentes al automatizar la personalización de contenidos. Gracias al aprendizaje automático, los sistemas identifican patrones de navegación, preferencias y tiempos de permanencia, generando un entorno adaptado a cada usuario. Este filtrado automatizado no solo prioriza ciertos discursos, sino que perpetúa sesgos y refuerza creencias. Así, la experiencia digital se convierte en un espacio cada vez más cerrado y homogéneo, donde los mensajes disonantes pierden visibilidad y las opiniones se radicalizan.

Esta polarización de información no solo impacta en el debate público, sino que también juega un papel crucial en cómo se toman decisiones. Por ejemplo, las elecciones

políticas han sido manipuladas a través de inteligencia artificial para segmentar audiencias y crear campañas cada vez más específicas. Muchas encuestadoras emplean algoritmos para detectar patrones de comportamiento y adaptar mensajes políticos, con el fin de convencer votantes indecisos. Este nivel de focalización, aunque efectivo, desde un punto de vista estratégico, plantea serios cuestionamientos éticos sobre el empleo de la IA para influir en procesos democráticos.

Otro efecto preocupante de la IA en la filtración de información es la conformidad informativa. A medida que los usuarios confían cada vez más en los algoritmos para acceder a contenido, su capacidad para buscar activamente información alternativa disminuye. La rapidez con la que la inteligencia artificial presenta soluciones instantáneas a preguntas complejas, ya que la IA puede reducir el incentivo para llevar a cabo investigaciones por cuenta propia. Esta confianza en la tecnología podría restringir nuestra habilidad para razonar de forma independiente, transformando a los usuarios en simples destinatarios de datos, en lugar de ser contribuyentes activos en el proceso de creación del conocimiento.

La Era Digital y la Desinformación Actual Impulsada por la IA

La confusión informativa en la época digital es un fenómeno en crecimiento; en gran parte, esto se atribuye a la inteligencia artificial y sus sistemas algorítmicos. En la actualidad, las redes digitales se han convertido en el principal recurso para la difusión de información, pues estas emplean cada vez más tecnologías automatizadas para elegir, adaptar y distribuir contenido. Esta transformación ha alterado la forma en que nos relacionamos con la información,

promoviendo la difusión de desinformación y acentuando la división de puntos de vista. La IA no solo mejora la eficiencia en la distribución de contenido, sino que también actúa como catalizador de las distorsiones informativas, creando un espacio digital donde los hechos se alteran fácilmente.

Como bien han señalado Rivas-Alberti, J. y Espinoza-Rausseo (2024), “Las redes sociales son un instrumento clave para las campañas de desinformación, porque pueden desdibujar la realidad y los hechos y pretenden imponer una verdad construida, impulsada por intereses económicos, políticos, religiosos o ideológicos” (p. 12). Dicho de otra manera, la desinformación pone en peligro la capacidad de los individuos para acceder a una base de información objetiva y verificable, fundamental para tomar decisiones informadas dentro de una sociedad democrática. Por lo mismo, se establece que los algoritmos de IA operan bajo instrucciones preestablecidas, lo que limita su capacidad de interpretación contextual. Se basan en patrones detectados a partir del comportamiento anterior del usuario, sin tener en cuenta factores emocionales, históricos o culturales. Esta lógica determina qué contenidos tienen prioridad, dando lugar a una experiencia informativa estandarizada y mecánica, donde la diversidad de matices desaparece.

El auge de las noticias falsas es una de las consecuencias más evidentes de esta realidad. La velocidad con que se viralizan los contenidos no verificados es alarmante. “De hecho, diversos estudios demuestran que el acceso a las noticias falsas (información no verificada) es mayor que a las noticias contrastadas o verificadas” (Flores-Vivar, 2019, p. 197). Este desajuste no es un simple accidente, pues los

algoritmos de las redes están configurados para favorecer los contenidos que generan más interacción sin considerar su veracidad. Al priorizar el tráfico en lugar de la veracidad, las plataformas sociales terminan promoviendo relatos engañosos, lo que potencia una cultura de desinformación y mezcla la realidad con la fantasía. Este patrón refuerza la idea de que las herramientas que antes facilitaban la distribución de información hoy también contribuyen a la rápida difusión de noticias falsas, generando una discrepancia entre la verdad y la percepción del público.

El efecto de la desinformación precisa en los sistemas democráticos es un tema clave en el que la inteligencia artificial juega un papel importante. De acuerdo con Rivas-Alberti y Espinoza-Rausseo (2024), “El daño que la desinformación puede causar a la democracia perjudica al proceso de formación de la opinión pública, que debe ser libre y plural” (p. 22). Esto implica que la alteración de la información amenaza la autonomía de las personas para desarrollar juicios basados en hechos reales y comprobados, así como la división y la fragmentación de la sociedad, provocadas por reportes sesgados y manipulativos, dificultan la comunicación constructiva y debilitan la capacidad de la sociedad para involucrarse plenamente en los procesos democráticos.

A pesar de los progresos en la utilización de la inteligencia artificial, esta misma tecnología puede emplearse para producir y detectar información engañosa. Los instrumentos de verificación de hechos se han vuelto importantes en la lucha contra la desinformación. Sin embargo, la IA también se utiliza para crear contenidos engañosos que son cada vez más avanzados. Estas herramientas hacen

posible modificar imágenes, videos y audios de tal forma que resulta casi imposible diferenciarlos entre la realidad y la ficción. “Lo que importa no es si la imagen o el audio es real, sino el hecho de que las personas que lo reciban piensen que es real” (Alonso-González y Sánchez-Gonzales, 2024, p. 36). Este fenómeno ilustra claramente que la inteligencia artificial no solo plantea un riesgo en cuanto a la manipulación, sino que también complica la tarea de confirmar la verdad de la información, en especial, en un entorno tan visual y sonoro como el actual.

En otro ámbito, las plataformas digitales se han establecido como uno de los métodos más utilizados para propagar información falsa. La rapidez y la facilidad con que se puede acceder a estas redes dificultan la evaluación y confirmación de lo que se publica. Asimismo, la acelerada dispersión de datos incorrectos es favorecida por la rapidez de su difusión y la frecuencia con la que un mensaje es replicado, lo que con frecuencia se interpreta erróneamente como un indicativo de autenticidad. “Las redes sociales son un instrumento clave para las campañas de desinformación, porque pueden desdibujar la realidad y los hechos” (Rivas-Alberti y Espinoza-Rausseo (2024, p. 12). Esto convierte el espacio en redes en un ambiente propicio para la manipulación ideológica, política y económica. La ausencia de análisis crítico entre los usuarios, sumada a la creación de algoritmos que favorecen la interacción con contenidos llamativos, contribuye a este fenómeno, ya que muchas veces los usuarios comparten contenido sin verificar, perpetuando de este modo un ciclo de desinformación.

Frente a este reto, se han desarrollado múltiples esfuerzos para minimizar los efectos de la desinformación, empleando recursos que refutan datos. La validación adecuada de los mismos se puede alcanzar únicamente mediante un enfoque humano y experto, tal como ilustra el modelo de Ecuador Chequea, donde cada refutación es ejecutada por profesionistas en los campos que se revisan. Este enfoque se diferencia enormemente de los sistemas automatizados de inteligencia artificial, que frecuentemente excluyen a poblaciones enteras debido a su incapacidad para comprender los matices lingüísticos, culturales y contextuales.

Un ejemplo de ello es la iniciativa brasileña Comprova, una asociación única entre 24 organizaciones de noticias unidas para validar contenido viral y luchar contra la desinformación. Lo que llama la atención es el hecho de que se requiera una cooperación de tal escala, revelando así el inmenso impacto de la información errónea y, a su vez, enfatiza que, aunque la inteligencia artificial puede analizar millones de datos en instantes, no puede igualar aún la experiencia y criterio profesional de una persona preparada.

Esto nos lleva a una interrogante importante sobre la acelerada incorporación de la IA en diferentes disciplinas, puesto que la inteligencia artificial es un invento reciente, cuyos sesgos y fallos están aún lejos de ser corregidos. Proyectos como Comprova y Ecuador Chequea demuestran que, al menos en el campo de la verificación de datos, la solución no está en reemplazar a los humanos, sino en fortalecer su trabajo con herramientas que respeten la diversidad y la complejidad del pensamiento humano.

Entre la Confirmación y la Distorsión: de Qué Manera la IA Cambia el Periodismo

El periodismo ha experimentado un desarrollo continuo por más de veinte años, ajustándose a las transformaciones digitales continuas. Desde la producción de noticias de manera automática hasta el empleo de programas que generan artículos sobre deporte o finanzas, la IA no es un fenómeno reciente, sino un refuerzo a métodos que ya existían. Su implementación en actividades como la confirmación de información puede resultar muy útil, siempre que se aplique con principios éticos y bajo la vigilancia de seres humanos.

El papel que desempeña la inteligencia artificial en el periodismo es realmente complejo, ya que actúa tanto en calidad de herramienta de validación como una fuente de información equivocada. Esta dualidad presenta una paradoja que no podemos ignorar en el periodismo actual. Si bien los algoritmos de IA pueden ser útiles para periodistas en su lucha contra la desinformación, también son responsables del aumento de contenido manipulado. Esta ambigüedad tecnológica crea una tensión fundamental en la práctica periodística actual, ya que, mientras algunos avances mejoran la calidad de la información, otros abren la puerta a nuevas formas de manipulación mediática.

Una de las grandes ventajas de la inteligencia artificial en el ámbito del periodismo es su habilidad para actuar como un aliado valioso en la verificación de los hechos. En un mundo donde la información abunda y las noticias falsas y rumores se propagan rápidamente, la IA se convierte en una herramienta esencial para filtrar y confirmar el contenido. Los periodistas pueden aprovecharla para automatizar procesos

de verificación de datos, detectar inconsistencias en la información y asegurarse de que lo que se publica sea veraz. Así, la IA no solo mejora la eficiencia en las redacciones, sino que también eleva la efectividad y precisión en el manejo de la información.

Uno de los aspectos más interesantes al usar inteligencia artificial en el periodismo es la capacidad de automatizar tareas que, de otro modo, requerirían un gran esfuerzo humano. Gracias a los algoritmos de IA, ahora podemos analizar enormes cantidades de datos al instante, lo que hace que el trabajo de los reporteros sea mucho más fácil al identificar patrones lingüísticos, discrepancias o posibles manipulaciones de la información. “Entre las fortalezas, podemos distinguir el ahorro de tiempo en las redacciones y mejora de los procesos, como por ejemplo automatización, monitorización y análisis de los patrones de lenguaje” (Alonso-González y Sánchez-Gonzales, 2024, p. 41). Esta habilidad para procesar rápidamente grandes cantidades de datos, realizar análisis de texto y validar fuentes es realmente esencial para un periodismo que necesita reaccionar con rapidez en un entorno informativo tan cambiante e inestable.

Las redes sociales y otras plataformas digitales se han convertido en un terreno fértil para la propagación de información engañosa, donde la rapidez y el impacto emocional parecen tener más peso que la verdad misma. Un estudio de la Pontificia Universidad Católica de Chile, realizado en 2024, revela que “solo el 13% consume noticias de manera frecuente por diarios o portales de noticias online, seguido por la televisión abierta (9%)” (párr. 10). Esta cifra pone de manifiesto un cambio preocupante en los hábitos

de consumo, puesto que la mayoría de los internautas ahora obtiene información de fuentes alternativas, muchas veces alejadas de la rigurosidad periodística.

La situación se complica, ya que gran parte de la información que circula no proviene de fuentes oficiales que sigan rigurosos procedimientos de verificación, sino que es compartida por personas que se comportan como reporteros cotidianos, difundiendo noticias sin ningún tipo de revisión editorial o contraste de fuentes. Estas publicaciones, que se enfocan más en atraer interacciones y hacerse virales que en ofrecer información precisa, suelen priorizar el sensacionalismo, la división y la simplificación excesiva de temas complejos. Como resultado, los algoritmos las amplifican, creando un ciclo en el que la desinformación se presenta como datos auténticos y se propaga de manera alarmante.

De la misma manera, la selección automatizada de contenidos responde a una lógica de maximización del tiempo de interacción y no necesariamente a la calidad de la información. Al personalizar el *feed* del usuario, los sistemas priorizan lo que tiene más probabilidades de ser clickeado, compartido o comentado. Esta lógica de visibilidad condiciona qué mensajes circulan con más fuerza, dando lugar a una jerarquía artificial de contenidos que moldea la opinión pública y redefine qué se considera relevante o verdadero.

En este contexto, surge una pregunta crucial: ¿cómo podemos asegurarnos de que tenemos acceso a información confiable en un mundo digital que a menudo prioriza la difusión sobre la verdad? Una posible solución sería fortalecer la educación mediática de los usuarios y exigir a las plataformas

que sean más transparentes sobre cómo sus algoritmos eligen y destacan el contenido.

Con el uso de la inteligencia artificial tanto para validar información como para difundir falsedades, es evidente que necesitamos establecer sistemas que garanticen un uso ético de la IA en el periodismo. “La IA tiene el potencial de transformar nuestras vidas y mejorar la eficiencia en el trabajo, pero debemos asegurarnos de que este avance tecnológico se implemente de manera ética y justa” (Cárcar-Benito, 2024, p. 7). No podemos resolver la contradicción que presenta la IA simplemente ignorando sus aspectos negativos o desestimando sus aplicaciones positivas. En lugar de eso, es prioritario adoptar un enfoque equilibrado que permita a los periodistas aprovechar las herramientas de IA para mejorar la precisión y la rapidez en la difusión de información, mientras se minimizan los riesgos de propagar datos falsos.

Todo lo antes mencionado nos lleva a pensar que cualquier esfuerzo por combatir la desinformación debe asegurarse de que se respete el derecho a la libre expresión y se garantice el acceso a información veraz y asequible. Esto no significa solamente implementar políticas gubernamentales y normas que regulen el uso de la inteligencia artificial en el periodismo, sino también fomentar una educación más sólida en medios digitales, tanto para los comunicadores como para la sociedad en general.

Una alternativa viable ante esta problemática es la alfabetización mediática. En palabras de Ramos-Palacios (2019): “La alfabetización mediática, por tanto, involucra el desarrollo de capacidades, actitudes y conocimientos que permitan el uso correcto e intencional de los medios y

de los formatos que permitan generar, publicar y transmitir información en la sociedad red” (p. 4). Esta es fundamental, pues así los usuarios podrán discernir entre información verificada y desinformación, y para que los periodistas estén preparados para utilizar las herramientas de IA de manera ética y responsable. Es necesario que los trabajadores de la comunicación sean capacitados en el uso de la inteligencia artificial, pues así la utilizarán correctamente sin comprometer la integridad de su trabajo.

Conclusión

A lo largo del presente ensayo, se analizó el impacto de la inteligencia artificial sobre la libertad de expresión, la desinformación y el acceso a la información. Al estudiar sus efectos, se ha podido observar cómo la tecnología está cambiando la forma en que los usuarios interactúan con los contenidos digitales, ofreciendo una gran facilidad para el acceso, pero también creando nuevas problemáticas. A pesar de las ventajas que brinda la inteligencia artificial, su impacto negativo sobre la diversidad de opiniones y la calidad de la información es notable y debe ser considerado cuidadosamente.

Uno de los aspectos clave que se han explorado es el cambio en el acceso y la distribución de información que la inteligencia artificial ha ocasionado. Los algoritmos de IA permiten personalizar el contenido según los intereses y preferencias de los usuarios, lo que facilita la búsqueda de información. No obstante, este mismo mecanismo genera un efecto opuesto al restringir la exposición a una variedad de opiniones y perspectivas. Así, el acceso a la información se vuelve sesgado, lo que impacta negativamente en el ejercicio

del derecho a la información y comunicación.

Asimismo, se ha explorado cómo la inteligencia artificial incide en la polarización de opiniones, principalmente en los medios de comunicación y en las redes sociales. Al priorizar los contenidos que refuerzan las creencias ya existentes de los usuarios, los algoritmos intencifican la división en nuestra comunidad, lo que limita la comunicación constructiva. Este fenómeno tiene un impacto negativo en el debate público y genera una brecha en el entendimiento entre diferentes grupos sociales. Por lo tanto, es crucial que utilicemos las herramientas de IA de manera ética para evitar que estas divisiones ideológicas se profundicen, fomentando así una mayor interacción y reflexión entre diversas perspectivas.

Por eso, la difusión de información no verificada se ha convertido en un aspecto clave de este estudio. La habilidad de la inteligencia artificial para crear y propagar datos falsos, como noticias manipuladas, representa un riesgo considerable para la confianza en el contenido que encontramos en internet. Aunque los algoritmos intentan regular lo que se comparte, no siempre son efectivos y, a veces, pueden acabar censurando información legítima. Esto pone de relieve que la inteligencia artificial no es infalible y subraya la necesidad urgente de establecer regulaciones y estándares éticos en su uso, para asegurar que la información a la que tenemos acceso sea precisa y no distorsione la percepción pública.

En resumen, aunque la inteligencia artificial trae consigo varias ventajas, como facilitar el acceso a la información y ayudar en la verificación de hechos, también plantea serios desafíos para la libertad de expresión, el pluralismo y la participación democrática. Problemas como la polarización de opiniones,

la propagación de noticias falsas y la manipulación por parte de actores políticos son solo algunos de los efectos negativos que pueden surgir con el uso de la IA en los medios digitales. Para enfrentar estos retos, es crucial desarrollar estrategias que fomenten un uso responsable de la inteligencia artificial, garantizando que el acceso a la información sea diverso, claro y respete los derechos fundamentales de cada persona.

La inteligencia artificial no es neutra; responde a objetivos definidos por quienes la diseñan y operan. Por lo tanto, su impacto sobre la libertad de expresión no es sólo técnico, sino profundamente político. En consecuencia, necesitamos herramientas que transparenten el funcionamiento de los algoritmos y promuevan una ciudadanía crítica y formada digitalmente. Una solución viable sería la creación de observatorios ciudadanos de algoritmos, formados por periodistas, ingenieros, académicos y usuarios, que supervisen la transparencia de los sistemas automatizados. Esto permitiría democratizar el control sobre la IA y garantizar, de esta manera, que los derechos fundamentales no queden minimizados a intereses corporativos.

Referencias

- Alonso-González, M. y Sánchez-Gonzales, H. (2024). Inteligencia artificial en la verificación de la información política. Herramientas y tipología. *Revista Más Poder Local*, (56), 27– 45. <https://doi.org/10.56151/maspoderlocal.215>
- Cárcar-Benito, J. (2024). El control humano como derecho básico en la inteligencia artificial (IA). *Papeles el tiempo de los derechos*, 9 (1), 7. <https://redtiempodelosderechos.com/wp-content/uploads/2024/09/wp-1-2024.pdf>

- Flores–Vivar, J. (2019). Inteligencia artificial y periodismo: diluyendo el impacto de la. *Revista Interdisciplinar de Estudios de Comunicación y Ciencias Sociales*, (29), 197–212. <https://doi.org/10.31921/doxacom.n29a10>
- Garriga–Domínguez, A. (2023). Las exigencias de transparencia para los sistemas. *Revista Española de la Transparencia*, 1(17), 137–164. <https://doi.org/10.51915/ret.309>
- González–Espejo, M. (2022, 20 de mayo). El impacto de la Inteligencia Artificial en la libertad de expresión y de pensamiento. El papel de los neuroderechos. *Hay Derecho*. <https://www.hayderecho.com/2022/05/20/el-impacto-de-la-inteligencia-artificial-en-la-libertad-de-expresion-y-de-pensamiento-el-papel-de-los-neuroderechos/>
- Larrondo, M. y Grandi, N. (2021). Inteligencia Artificial, algoritmos. *Universitas*, (34), 177–194. <https://revistas.ups.edu.ec/index.php/universitas/article/view/34.2021.08>
- Pontificia Universidad Católica de Chile. (2024, 2 de abril). Jóvenes, consumo de medios y redes sociales. <https://educacioncontinua.uc.cl/noticias/jovenes-consumo-de-medios-y-redes-sociales/#:~:text=Solo%20el%2013%25%20consume%20noticias,suficientemente%20interesantes%20para%20dedicarles%20tiempo.>
- Ramos–Palacios, W. (2019). La alfabetización mediática: Reflexiones y perspectivas. *Revista Conectividad*, (1), 1–14. <https://revista.ister.edu.ec/ojs/index.php/ISTER/article/view/7/12>
- Rivas–Alberti, J. y Espinoza–Rausseo, A. (2024). Democracia y el control de contenidos en la red: Especial referencia a

España. *Revista Chilena de Derecho y Tecnología*, (13), 1 –
28. [https://rchdt.uchile.cl/index.php/RCHDT/article/
view/67714/75740](https://rchdt.uchile.cl/index.php/RCHDT/article/view/67714/75740)

Ruiz, A. (2023, 16 de octubre). La paradoja de las
burbujas informativas. *Este País*. [https://estepais.
com/tendencias_y_opiniones/paradoja-burbujas-
informativas/](https://estepais.com/tendencias_y_opiniones/paradoja-burbujas-informativas/)